

LÁGRIMAS NEGRAS

ROSETA CLAUDIA ÁLVAREZ ROIG

Universidad Autónoma de Madrid

Se despertó tumbada en el sofá, rodeada de envases de comida rápida, cigarrillos consumidos y botellas de whisky vacías. Un hilillo de baba le caía por la comisura de los labios, que conservaban aún el color carmín de la noche anterior. Ya era su rutina diaria. Llegaba todos los días al amanecer a su sucia habitación en ese sucio motel junto a la carretera, después de toda una noche de trabajo en el club. La comida basura, la única que se podía permitir; tabaco y alcohol, su intento de olvidar.

Un rayo de luna blanquecino se filtraba entre las roídas cortinas de la pequeña ventana que daba al patio de atrás. Por desgracia esa noche también tenía que trabajar. Libraba una noche cada dos semanas y esta no era esa noche. Intentó incorporarse, y tiró sin querer una de las botellas vacías al suelo, que se hizo añicos. Soltó un gemido de dolor. La cabeza le retumbaba, sentía que le iba a explotar.

Con cuidado, retiró la manta --un pobre intento de protegerse del frío--, y se levantó del sofá. Seguía con la misma ropa de la noche anterior, y al mirarse en el espejo, vio que tenía todo el maquillaje corrido, lágrimas negras que le caían por las mejillas.

Le venían recuerdos de la noche anterior como a flechazos. Leo Banner había estado allí otra vez. Su entrada en el club parecía haber amortiguado súbitamente el sonido de la fuerte e insoportable música y, durante unos segundos, todo a su alrededor desapareció cuando esos intensos ojos verdes encontraron los suyos, negro azabache. Parecía una ironía del destino que se hubiera enamorado tan perdidamente de un cliente. Él lo sabía, y disfrutaba jugando con ella. Ella lo sabía, y se dejaba.

Desde la distancia, había visto cómo Banner se acercaba a Max y, entre susurros y fajos de billetes, la miraban de reojo. Sabía a qué se debía ese intercambio. Se le iluminaron los ojos, y se le aceleró el corazón.

Terminó su actuación, bajó del escenario y fue a la parte trasera del club mientras se sacaba los billetes de la poca ropa interior que llevaba puesta. De entre todas las chicas, no era la más hermosa, ni tampoco la que mejor bailaba, pero tenía un grupo de admiradores, y Max estaba contento con ella.

Se puso una pequeña bata rosa y, después de servirse un chupito del que, probablemente, sería el peor whisky del mundo, se sentó en la silla de su camerino y se en-

cendió un cigarrillo. Llamaron a la puerta. Parecía que no tenía ni un momento de descanso en aquel lugar.

— Hola Mimí, buena actuación la de esta noche, cariño.-- Le felicitó Max, entrando por la puerta. Era un hombre bajito, gordo y sudoroso. Sus penetrantes ojillos negros eran como dos alfileres que se le clavaban en el alma. Mimí tenía la impresión de que sólo con mirarla sabía lo que estaba pensando. El pelo que le faltaba en la cabeza, le sobra-
ba en el resto del cuerpo y llevaba unas botas de vaquero rojas que desentonaban con el resto de su atuendo.

Mimí se bebió el whisky como respuesta, e hizo una mueca. Sí, definitivamente, nunca había probado algo peor.

— Bueno, querida, tienes visita -le dijo, guiñándole un ojo.-. Vístete tan sexy como tu sabes. Haz que esté orgulloso.

Detrás de su amabilidad se escondía una amenaza. Ella sabía a qué se refería. Banner era su mejor cliente con diferencia, y en las ocasiones en las que pasaba por allí, siempre pedía su compañía, y era entonces cuando Mimí se jugaba realmente su empleo.

— Sala dos. Cinco minutos, Mimí -se tocó la muñeca con el dedo índice, a modo de advertencia, indicándole la hora en un reloj de pulsera imaginario-.

Y, como leyendo su pensamiento, añadió: — Aquí no descansamos, mi amor.

Max salió y cerró la puerta. Mimí sonrió. No podía evitarlo, y se odiaba a sí misma por ello, pero era el momento que esperaba con más ansia cada día. Sin embargo, sabía como acabaría la noche. Todas sus visitas terminaban igual. Hacía todo lo que Banner le pedía, y lo habría hecho igualmente aunque no le pagaran por ello. Se tomaban unas copas, hablaban, reían y, después, ella le daba todo su sincero amor, aunque sabía que nunca le sería correspondido. Después, a poco de romper el alba, Mimí llegaba a su mugrienta habitación en el mugriento motel junto a la carretera, donde rompía a llorar y bebía hasta quedarse inconsciente.

Apagó el cigarrillo, que estaba aún a medio terminar, y se puso el conjunto más caro que tenía. Se lo había regalado Banner en una de sus visitas, como era de esperar. Quería que estuviese lo más atractiva posible para él. Era un corsé palabra de honor con un tanga, ambos de encaje rojo, y unos ligueros negros que le sujetaban las medias por encima de las rodillas. Se puso unos tacones de aguja, también negros, y se soltó el pelo, que había llevado recogido en un moño para su actuación. Los oscuros bucles color caoba cayeron como una cascada por encima de sus hombros. Aguantando la respiración, se tomó otro chupito de aquel infame whisky, se pintó los labios de carmín, y salió por la puerta.

Le vio al fondo del pasillo, alto, moreno y tan elegante como siempre. Vestido de traje, cómo no. Mimí se paró en seco y le contempló desde la distancia. Estaba hablando con otra de las chicas, que no perdía ocasión para tocarle un brazo, el pecho, la cara, mientras reía como una tonta jovencita. Parecía que causaba la misma reacción en todas. Mimí no sintió ni un pinchazo de celos; aunque las encantara a todas, sabía que siempre la llamaba a ella, siempre era su compañía la que prefería. Mientras le observaba, él levantó la vista y la miró con intensidad, con picardía, de arriba a abajo. ¿Le pareció ver un destello de desprecio en sus ojos? Ignorando a su parloteante admiradora, Banner caminó hacia la sala dos y, con una mirada de superioridad y una sonrisa sarcástica, abrió la puerta, sujetándola para Mimí.

Ella caminó hacia él y entró en la sala privada, seguida de Banner, que cerró la puerta tras de sí. Una increíblemente triste felicidad la sobrecogió, y un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando él se acercó y le acarició la mejilla.

Mimí quería que esos momentos nunca terminaran, y con una mezcla de felicidad y amargura veía cómo avanzaba la noche, y esas visitas llegaban a su fin. Era en esas ocasiones cuando, mientras Banner se despedía de ella dándole un beso y una propina, ella deseaba volver a la infancia, deseaba poder volver a ser tan inconsciente como entonces, cuando su vida consistía en correr y jugar, y sentía amor sin darse cuenta, confundiendo por cariño y risas. Se preguntaba cómo algo podía ser tan feo y sucio, y tan hermoso, al mismo tiempo, y cómo su voz y sus palabras tan hechizantes y brillantes, podían ser tan malvadas, a la vez.

“Tienes un efecto sobre mí, Leo, que no tiene nadie más. Es tu único defecto. Pisas mi corazón. Me haces llorar. Cada vez.” Pensó Mimí, nunca se atrevería a decirlo en voz alta.